

LA BIBLIOTECA

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

SE PUBLICA ALTERNO

SUSCRIPCIÓN

1 peseta al mes en toda España.
3 trimestre.
6 semestre.
11 año.

Extranjero, 16 francos al año.
En provincias la suscripción es por trimestres.
Toda la correspondencia y giros al Administrador.

AÑO I

MADRID

NÚM. 6

26 de Enero de 1903.

OFICINAS

CALLE DE APODACA, 16, duplicado.—APARTADO núm. 298
Cuenta corriente en el «Crédit Lyonnais».
MADRID

ADVERTENCIA

A todos los que se suscriban, remitiremos desde luego los números publicados.

ACADÉMICOS EXTRANJEROS

MR. G. HÉRELLE

Al inaugurar esta sección nos proponemos dar á conocer todos los escritores célebres extranjeros, y empezamos por M. Hérelle, cuyos trabajos en pro de la literatura española son bien conocidos.

Llevado de sus entusiasmos latinos y de sus aficiones literarias, el sabio profesor francés, que ya se había distinguido en trabajos históricos que le valieron el ser nombrado corresponsal del Ministerio de Instrucción pública de su país, se dirigió á Italia en artística excursión, trayéndose á su regreso la labor desconocida de un genio, de un literato que más tarde debía de ser la admiración de Europa, merced al buen gusto, á la discreción y al talento de su perspicaz descubridor.

En efecto; hoy, no solamente en Francia, sino en el mundo entero, el nombre de Gabriel d'Annunzio es aclamado y su obra leída con admiración ferviente.

La labor de Hérelle fué recompensada por la Academia francesa, y el Gobierno de su país le otorgó la más preciada de las condecoraciones que un francés puede desear: la Legión de honor.

Alentado por el éxito de su primer ensayo, el peritísimo importador de la literatura italiana ha perseguido con constancia su obra, y desde Annunzio á Delledda hay una serie de autores que á Hérelle deben crédito y fama.

Seis años há cruzó nuestra frontera en excursión semejante; pasó *La Barraca*, de Blasco Ibáñez, delicio-

samente traducida al francés clásico y elegante que escribe el famoso estilista y apareció en la *Revue de Paris*, dando muestra de que también en España hay novelistas de inspiración y alma.

Su paso por la península y por la corte más recientemente, ha sido inadvertido, pero no menos aprovechado, y la hermosísima novela última de nuestro genial artista valenciano no tardará en ser leída y admirada por los cultísimos lectores franceses.

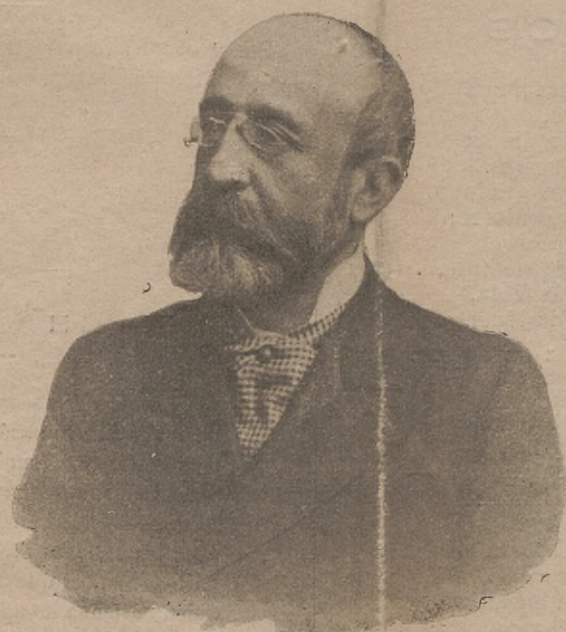
No se limitará á esto lo hecho por el sabio profesor del Liceo de Bayona, y más de algún novel escritor, habrá de agradecerle lo que nos atreveríamos á llamar popularidad internacional.

Y terminaremos, haciendo notar cuán poco en cuenta se han tenido sus simpatías para nuestra patria y sus esfuerzos en pro de nuestras letras, al hacer el reparto de la novísima condecoración de Alfonso XII, y cuán poco se ha ocupado la prensa de ensalzar el nombre de aquel á quien, por su nada común interés en nuestro favor, merece toda suerte de alabanzas.

La BIBLIOTECA intenta hoy reparar el último olvido presentando esbozada esta simpática figura á sus ilustradísimos lectores, sin perjuicio de muy pronto insistir con pruebas fehacientes del mérito y valía de tan ilustrado é insigne maestro.

A. DÍAZ DURÁ.

NUESTROS ESCRITORES



D. Valentín Gómez y Gómez.

HISTORIA DE UN BASTÓN

ESCRITA POR SU PROPIO PUÑO

Yo he sido siempre tímido como un *junco*, tan tímido que, en la bastonería, nunca me oyó nadie decir este *puño* es mío; bien es verdad que me cohibían aquellos *roten* graves y aquellas *cachiporras* que nunca dejaban meter á nadie su *contera*.

Sin la intervención de los bastones de *mando* que imponían su autoridad y los de *estoque* que sabían cuando la cosa iba de veras, allí hubiera ocurrido un conflicto diario. Todavía recuerdo el último que fué

de garrotazo y tente tieso, por culpa de una *caña* que acababa de venir de América y de unos *palasas* que en aquella ocasión hasta el puño se les hizo un *nudo*. Pero la cosa terminó felizmente, concluyendo con una juerga de cante y de *palmas bravas*, hasta que al amanecer cada cual se fué á su *bastonera*, con la *contera* tambaleándose de haber bebido *tres palos cortados*.

Ya he dicho que soy muy tímido, hasta el punto de que nunca delante de una *sombrilla* pude alzar la vista, y una vez que lo hice me resultó tan ligera de *varilla*, que al mes de relaciones se fué con un bastón de *cuerno*. Así que yo de-

seaba el día en que, como otros compañeros, me dieran libertad, y ese día llegó. Una mañana *del sol al primer reflejo*, entró en la tienda un joven, *al parecer, decentemente vestido*, como dice la prensa de los que se suicidan, y pidió bastones; yo tuve la suerte de agradar al joven, que después de frotarme la cabeza dijo, mirándome detenidamente, ¡éste! Frase sacramental, por la que me encontraba redimido de la esclavitud de la tienda.

Llegamos á una calle, situada muy lejos de mi antigua cárcel, mi amo silbó, y á los pocos momentos vi una mujer muy guapa asomada al balcón; mi dueño jugaba conmigo, me daba vueltas como un molinillo y me pasaba de una mano á otra muy alegremente. Aquella tarde fuimos á los toros. ¡Qué baraúnda! Cada vez que un señor que estaba en un palco sacaba un pañuelo se armaba un escándalo monumental. Yo tomé parte en la gresca, y unas veces me levantaba en alto y otras me daba con la *contera* en el tendido, diciendo ¡Burro!, ¡Burro! y otras expresiones relacionadas con el nacimiento del presidente.

Aquellos me gustó.

Por la noche fuíme al estreno de una obra en tres actos. La cosa no debía ser del agrado de mi señor, porque con frenesi me hacía dar golpes en el suelo. Toda la noche estuve así, desgastándome, porque tres actos no hay quien los resista.

Algunas tardes íbamos al Congreso y allí no me dejaban entrar, me cambiaban por una chapa, y allí tenía que esperar en la puerta á que saliera mi amo. Cuando íbamos á cenar á un gabinetito, yo me iba á la percha y me colocaba debajo del sombrero de mi señor.

Mi existencia transcurría de fiesta en fiesta, de juerga en juerga, cuando mi amo decidió formalizar su situación y casarse con aquella chica de que antes hice mención. La boda se celebró, y aquel día no pude asistir, porque según me dijeron no se casa nadie con bastón.

ACED

— 24 —

ACEI

ACAP

— 21 —

ACAR

Acebollarse, r. Cuando se desprende el corazón de una pieza de madera.

Acebuco, m. Droga medicinal usada por los chinos de Canton y sacada de Batavia.

Acebuchado, da, adj. De forma de acebuche || Con propiedades semejantes al acebuche.

Acebuchal, m. Parte de tierra poblada de acebuches || adj. Perteneciente al acebuche.

Acebuche, m. Olivo silvestre que se diferencia del cultivado en que es más bajo, menos poblado de ramas y de hojas más pequeñas y fruto menos carnoso.

Acebucheno, na, Perteneciente al acebuche. || Olivo que bastardea y se hace silvestre, como el acebuche.

Acebuchina, f. Fruto del acebuche.

Acecalar, a. ant. Acicalar.

Acecinar, a. Modo de salar las carnes y ponerlas al humo y al aire para que se conserven || r. Enflaquecer, tanto por la mucha edad y otra causa, que llegue á parecerse á la cecina.

Acechador, ra, m. y f. El que acecha. El que sin ser visto observa la acción de otro.

Acechadura, f. Escondarse los cazadores para esperar la caza.

Acechar, a. Mirar ú observar alguna cosa procurando no ser visto.

Aceche, m. Caparrosa.

Acecho, m. Acción y efecto de acechar || mod. ad. Observando con cuidado alguna cosa, sin ser visto.

Acechón, na, m. y f. fam. Acechador || fr. fam. Se dice del que tiene la costumbre de atisbar ó acechar.

Acedamente, adv. m. Con acedia.

Acedar, a. Poner alguna cosa aceda ó agria || Disgustar, desazonar || Ponerse amarillas y enfermizas las plantas.

Acedera, f. Planta comestible y de sabor ácido, de la familia de las poligonáceas, con el tallo derecho y fistuloso, hojas agitales, obtusas y venosas, y flores pequeñas, verdosas, dioicas, dispuestas en panojas sin vaina.

Acederaque, m. Arbol exótico y de adorno, familia de las meliáceas, de seis metros de altura, con hojas alternas compuestas de hojue-

las, flores en racimos violeta y de olor agradable y drupas del tamaño de un garbanzo que sirve para cuentas de rosarios. De madera dura y aromática.

Acederilla, f. Planta perenne de la familia de las poligonáceas, de tallos tendidos, hojas alabardadas y panojas envueltas en una vaina encarnada. Parecida á la acedera.

Acederon, m. Planta perenne de la familia de las poligonáceas, muy parecida á la acedera, pero diferenciándose de ésta en que sus hojas son más anchas y sus flores hermafroditas.

Acedia, f. Calidad de acedo || Cuando está indispueto el estómago por haberse acedado la comida || Carácter áspero. Desabrimiento || Pescado de mar. Platija.

Acedo, da, adj. Que tiene sabor de agraz ó vinagre || Haberse acedado || fig. Personas de genio áspero, de mal carácter, desapacible.

Acedura, f. ant. Calidad de acedo.

Acef, f. Alumbre de pluma.

Acefalia, f. Calidad de acéfalo.

Acefalismo, m. Acefalia || Secta de los acéfalos || Se dice de la doctrina de esta secta.

Acefalita, adj. Clérigo que no reconocía superior alguno || Que pertenece á la secta religiosa que no reconoce dos naturalezas en Jesucristo.

Acéfalo, la, adj. Sin cabeza || El feto sin cabeza ó sin parte de ella || Herejes del siglo vi que seguían el error de Eutiques y que no reconocían jefe || Se dice de aquellos que pertenecen á una comunidad que no tiene jefe.

Aceifa, f. Expedición militar que hacían los sarracenos durante el verano.

Aceitada, f. Cantidad de aceite derramado || Torta amasada con aceite || Cosa untada de aceite.

Aceitar, a. Untar de aceite, bañar con aceite.

Aceitazo, m. Aceite gordo y turbio.

Aceite, m. Líquido graso de color verde amarillento que se saca de la aceituna ó de frutos como la almendra, nuez, etc. || Cuerpo pingüe líquido á la temperatura de nuestro clima || Líquido que por su grado de fluidez se parece al de la aceituna.

Aceitera, f. Persona dedicada á la venta de aceite || Vasija para conservar aceite || Cuerno

de acantonar || El sitio que ocupan las tropas acantonadas.

Acantonar, a. Estar de cantón, distribuir las tropas en varios lugares.

Acantonote, Hist. nat. Género de crustáceos anfipodos.

Acántope, Hist. nat. Género de insectos ortópteros de la América meridional.

Acantópodo, Hist. nat. Especie de quetodon pescado con las mandíbulas armadas de picos espinosos.

Acantopomas, Hist. nat. Pescados óseos.

Acantopterigios, Hist. nat. Pescados óseos.

Acantorineo, m. Zool. Género de pájaros melifagos.

Acantoscele, m. Zool. Coleópteros pentámeros.

Acantósomo, m. Zool. Crustáceos anfipodos.

Acanturos, m. Zool. Pescados á que se da el nombre de cirujanos por tener una espina cortante como una lanceta á cada lado de la cola.

Acanutillado, adj. Bot. Se dice de las hojas dobladas en forma de canutillo.

Acañaverear, a. Herir con cañas puntiaguadas, suplicio usado por los antiguos moros en España.

Acañonear, a. Batir á cañonazos || V. *Cañonear*.

Acaován, bot. Hierba parecida á la manzanilla y que tiene las mismas propiedades.

Acapalti, bot. Planta de Méjico.

Acaparamiento, m. Acción y efecto de acaparar || Acopio.

Acaparar, a. Acopiar, juntar cantidad de alguna cosa. Aplicase más generalmente á los granos, provisiones, etc.

Acapararse, r. ant. Guarecerse bajo la capa || fig. Acogerse á la protección de alguien.

Acaparrosado, adj. De color de caparrosa.

Acaptar, a. ant. Pedir limosna.

Acaponado, adj. El que tiene aspecto de castrado || *Rostro acaponado*, sin barba || *Voz acaponada*, de timbre agudo.

Acapuchinado, adj. El que parece un capuchino.

Acaramelado, adj. Dulce, de caramelo || Suave || Pegajoso || Empalagoso.

Acara, Hist. nat. Nombre genérico de un pescado de agua dulce del Brasil.

Acaramelar, a. Reducir el azúcar á caramelo.

Acarar, a. Confrontar, carear || Comparar una cosa con otra || Conducir un rebaño al prado ó dehesa.

Acardenalar, a. Hacer cardenales, producir con golpes contusiones que toman un color amoratado.

Acardia, f. Ausencia del corazón en un feto.

Acardo, Hist. Nat. Concha con dos valvas aplanadas, sin charnela ni ligamiento.

Acareamiento, m. Confrontación || v. *Careo*.

Acarear, a. Confrontar || v. *Carear* || Convenir, conformarse.

Acaria, Hist. Nat. Pescado del Brasil.

Acariciador, a, m. y f. El que acaricia.

Acariciar, a. Hacer caricias || Hacer arrumacos, carantoñas, hablando de amoríos || Mimar, agasajar || Tocar ligeramente con la mano || *Acariciar una esperanza*, gozarse en ella.

Acaricoba, Bot. Planta del Brasil.

Acarima, Hist. Nat. Especie de mono.

Acarnazado, adj. De color de carne.

Acarnazarse, r. Tomar el color de la carne.

Acarno, Hist. Nat. Pescado de mar que se parece al salmonete.

Acaro, Hist. Nat. Insecto óptero.

Acarón, Bot. Mirto salvaje empleado en Medicina.

Acarralar, a. Encoger un hilo, ó dejar un claro entre dos en los tejidos ó medias.

Acarrarse, r. Ponerse á la sombra, al abrigo del sol. Se dice hablando del ganado lanar.

Acarradizo, a, adj. Lo que es susceptible de ser acarreado.

Acarreador, m. Cochero, carretero, el que acarrea, el que transporta efectos ó géneros.

Acarreadura, f. ant. v. *Acarreo*.

Acarreamiento, m. ant. v. *Acarreo*.

Acarrear, a. Conducir, llevar, transportar en

Mi vida cambió por completo; cesaron todas las alegrías y me pasó tres meses en un rincón oyendo nada más que un ¡te adoro! infinito.

Después de estos tres meses vinieron otros tres, y después otros tres, y luego un niño rubio, hermoso, como los ángeles de Rubens.

Mi destino entonces fué otro: entretener al niño, jugar con él, y luego ya de mayorcito servirle de caballo para recorrer toda la casa.

Pero la tranquilidad que disfrutábamos fué interrumpida por infidelidad de aquella mujer, que mi amo amaba tanto.

Se confirmó la especie; el adulterio se probó, y ciego de ira, descompuesto por el coraje, me cogió mi señor y dió fin de mí en las espaldas de la pérdida.

Cai al suelo hecho astillas, no quedando de mí más que el puño para contarlo.

Ahora roto, me resta decir con el poeta:

*¡Oh cantos y alegrías
de los pasados días!*

LUIS GABALDÓN.

BIOGRAFÍAS

JUAN E. HARTZENBUSCH

Nació el 6 de Septiembre de 1806.

Hijo de un ebanista alemán, establecido en Madrid, aprendió el oficio de su padre, cursó con aprovechamiento los primeros años de filosofía y logró dominar el alemán y el francés.

Entusiasta del teatro antiguo, hizo varias refundiciones animado por su primer éxito *El amo criado*, de Rojas, hasta que una vez, por querer captarse las simpatías de una empresa, se vió obligado á hacer un arreglo, que fué rechazado por el público.

Desdeñado por empresarios, tardó mucho tiempo en lograr ver representadas sus obras, hasta que en 1837 el ruidoso triunfo de *Los amantes de Teruel* le franqueó las puertas de todos los teatros, estrenando muchas obras, entre las que se cuentan *La jura en Santa Gadea* y *La redoma encantada*.

Este erudito escritor ha immortalizado su nombre en notables artículos críticos, biográficos y de costumbres, en la cooperación de la *Biblioteca de autores españoles*, en los comentarios al *Don Quijote* y en numerosos discursos académicos.

Fuó director de la Biblioteca Nacional, y en 1847 ingresó en la Academia Española.

Murió en Madrid el 2 de Agosto de 1880.

ADOLFO POLUE.

EL ORIGEN DE LAS MÁSCARAS

El origen de las máscaras debe buscarse en las célebres fiestas de Venecia, donde nadie podía salir á la calle sin disfrazarse durante el Carnaval, á menos de exponerse á bromas y molestias de todo género.

Refiriéndonos, no á los disfraces carnavalescos, sino á los modos de cambiar y desfigurar la fisonomía para diversos actos de la vida, encontramos su origen en los egipcios, quienes en las ceremonias fúnebres cubrían la cabeza de las momias. Las máscaras eran de cedro, cristal, cera, madera pintada, bronce, etc.

Esquilo, entre los griegos, introdujo el disfraz en la escena para la representación de las tragedias: máscaras de viejos, esclavos, mujeres, niños y divinidades terribles.

La abertura de la boca era hecha á propósito para que aumentase la intensidad de la voz, cosa necesaria en aquellos tiempos en que las representaciones teatrales se verificaban al aire libre.

Los galo-romanos usaron las máscaras en las saturnales de las kalendas de Enero. En la Edad Media, las que se usaban en la procesión del Zorro, eran grotescas; poco á poco convirtiéronse en monstruosas, razón por la cual las prohibió el Concilio de Tours.

Los antifaces de terciopelo y de seda—que todavía son usados en nuestros días—estuvieron de moda en el siglo xvi, hasta que los prohibió el Parlamento de París. Llamábanse los *lobos*, por el miedo que causaban á los niños.

Prohibidos los lobos, reemplazaron las mujeres con antifaces de crespón negro, «para poder dar bromas á través de ellos y parecer más blancas», como dice una crónica del siglo xvii. Después fueron otra vez consentidos los lobos para bailes, aumentados con barbas de encaje.

Italia tuvo hasta el siglo xviii el monopolio de la fabricación de máscaras. Un italiano estableció en París la primera fábrica de antifaces.

RETAZOS

Si á la muerte consoladora llama el que sufre y padece, la vida ansia, el que feliz alienta rodeado de dicha y de placeres. Y vive el infeliz mal de su grado y á pesar suyo el poderoso muere; que el hombre miserable halla por ley fatal adversa siempre, por el sendero del dolor la Vida, por el camino del placer la Muerte.

AURELIO DÍAZ DE FREMO.

Al ver á nuestra hija distrayendo por la plaza sus tiernas alegrías, aún me parece que la estoy oyendo—me preguntó su madre sonriendo: «¿Por cuánto la darías?»

Aumentó la pregunta mi desvelo, y aun mi codicia despertó quizás... Contemplé sus encantos en mi anhelo, miré la tierra, me fijé en el cielo... Y dije: «¡Vale más!»

JOSÉ JACKSON VEYAN.

PASATIEMPOS

—¡Pero, Nicolasa! ¿Es posible? Me acabo de encontrar un cabello en la salsa.

—Señorito, se me habrá pasado, porque los fui quitando uno á uno.

Hace un pintor el retrato de un músico, y mientras los amigos disputaban sobre el parecido, entra el hijo del retratado, y exclama al ver el retrato:

—¡Mi papá! ¡Mi papá!

—¿En qué lo has conocido?—pregunta alegremente el pintor.

—¡Toma! ¡En el violín!

Un cocinero de casa grande no solía tener limpio más que el dedo que metía en las salsas para catarlas.

Un día le dijo su amo, admirado de tanto desaseo:

—¡Pero, hombre! ¡Qué manos tan puercas!

—Eso no es nada, señor; ¡si me viera usía los pies!

RECETAS ÚTILES

Lenguas de carnero empapeladas.

Una vez limpias se cuecen con agua, caldo, cebollas, pimienta, sal, zanahorias y hierbas finas. Cuando están tiernas se oscurren, se parten á lo largo, se cubre cada pedazo con un papel empapado en manteca y se ponen á la parrilla.

PENSAMIENTOS NOTABLES

Poner el talento por encima de la virtud es una de las maldiciones que pesan en este siglo.—*Channing*.

—Vela todos los instantes sobre las acciones de tu vida con la más sincera y santa exactitud.—*San Anselmo*.

—El poder sin moral, se convierte en tiranía.—*Balmes*.

CHARADA

Primera dos hacer esta charada
buen dos cuarta pasó sin conseguirla;
mas gracias á mi amigo tres tercera,
y á su esposa tres prima, que es muy lista,
terminé sin tropiezo, y fácilmente,
y un prima cuarta me gané en seguida.
El todo es fácil que saque
quien entienda de milicia.

G. O.

Solución á la anterior: Estopa.

ESTAFETA

Bigastro.—D. J. M. G. R.—Servido.

Villafranca.—D. Y. B.—Abonado 15 Julio.

Melilla.—D. J. T.—Recibidas 6 pesetas. Servida la otra suscripción.

Granada.—D. A. M. V.—Abonado 15 Abril.

Pola de Siero.—D. F. G.—Servido. Si le es más fácil á nuestro corresponsal: Gijón, D. Alberto Menéndez, Corrida, 10, si no en librería á esta Administración.

Melilla.—D. A. L.—Es lo mismo, como usted quiera. Servido el otro suscriptor.

Santiago.—D. J. B. H.—Está bien escrito, y puesto que sabe hacerlo, tenga en cuenta la índole de la publicación y mande otra cosa, otro asunto, que tendremos gusto en publicarlo.

Sevilla.—D. Q. G.—Recibidas 12 pesetas, y gracias mil. Se hará el traslado. Servido el 3 del Sr. C.

Melilla.—D. C. J. C.—Recibidas 45,90. Servidas las 8 más, y abonado todas hasta 15 Abril. Conforme y gracias.

Vitoria.—D. J. L.—Van números y circulares aparte. Servidas 2.

Vich.—D. J. C.—Servidas las 5. Van números que pide.

Báscara.—D. L. P.—Conforme con su remesa.

Fuente de Cantos.—D. V. G.—Van las 15 suscripciones.

Portugalete.—D. R. M. O.—Servidas. Van más números. Le mandaré lo que pide.

Tarrasa.—D. J. G.—Se enviaron números.

Ujés.—D. P. T.—Recibidas 17 pesetas. Abonado doña J. L. 15 Enero 1904 y D. A. 15 Julio 1903. Mil gracias por su atención.

San Miguel de Salinas.—D. P. L. V.—Aumentados 2.

Almería.—D. J. G. G.—Abonado hasta 15 Abril.

Villaviciosa.—D. J. A.—Se sirven las 10.

Cartagena.—D. F. C.—Si, señor, con las mismas ventajas. Servidas las 4, y para los pagos, entiéndase con D. J. C. G.

Centellas.—D. J. R.—Servidas. Mande sellos en caso, pero sin certificar no respondemos.

Murcia.—D. A. G.—Abonado hasta 15 Abril. Gracias por su interés.

Valladolid.—D. C. de G.—Servido número. Veremos si retocados se aprovecha algo.

Villarreal.—D. S. A.—Abonado 15 Enero de 1904. Mil gracias.

Oviedo.—D. R. G. P.—Abonado 15 Julio.

Valencia.—D. V. V.—Idem id.

Zaragoza.—D. F. V.—Recibidas 6 pesetas. Con formes.

Badajoz.—D. M. R.—Adelantados.

Santoña.—D. J. F. M.—Sábado 24. Recibida carta con 3 pesetas. Conformes.

Alcoy.—D. R. S.—Servidos los 50 números.

MADRID.—IMP. DE FORTANET, LIBERTAD, 20

ACAT

— 22 —

ACCE

coche ó carro || Arrastrar, conducir—Ocasio-
nar disgustos ó desgracias.

Acarreo, m. Conducción, arrastre, el acto de
llevar, de transportar.

Acarreto, m. ant. Acarreo, conducción.

Acartonarse, r. Quedarse seca una persona
como el cartón.

Acaso, m. Suerte, fortuna, casualidad, caso
fortuito || adv. Por casualidad, quizá, etc.

Acasmantides, m. pl. Tribu de Atenas.

Acastillado, adj. ant. Lo que tiene forma de
castillo || Blas. Cargado de castillos.

Acastillaje, m. ant. Mar. Castillos de proa y
popa de un navío ó buque de guerra.

Acastillar, a. ant. Mr. Proveer á un buque
del castillaje.

Acasto, n. Mit. Uno de los Argonautas.

Acastorado, adj. Telas parecidas al castor.

Acatable, adj. ant. Digno de veneración y
respeto.

Acatadamente, adv. ant. Respetuosamen-
te, humildemente, con temor respetuoso.

Acatadura, f. ant. Prueba de un licor, ensa-
yo de un comestible.

Acatalectico, adj. Nombre que se da al ver-
so hecho con sujeción á las reglas de la versi-
ficación métrica.

Acatalépsia, f. Imposibilidad de saber, de
conocer una cosa || Afección cerebral que quita
la facultad de pensar, de concebir.

Acataléptico, adj. Escéptico, filósofo que
profesa la acatalépsia || Sistema de duda uni-
versal || Escolar privado de inteligencia, que
no comprende á su maestro || Med. Se dice de
una persona atacada de catalepsia.

Acatalis, Bot. Baya de enebro.

Acatamiento, m. Veneración, respeto || ant.
Examen, revisión, inspección || Presencia, vis-
ta || Acto por el cual se reconoce superioridad
de alguno.

Acatar, a. Respetar, venerar, reverenciar, obe-
decer || ant. Considerar atentamente, exami-
nar, reconocer || ant. fig. *Acatar abajo*, despre-
ciar || Rendir homenaje.

Acatarrar, a. Constipar, producir catarro ||
Acatarrarse, r. constiparse, enfriarse.

Acatarse, r. ant. Temer, tener miedo ó apre-
sión || Tenerse acatamiento.

Acatastático, adj. Med. Fiebre irregular.

Acates, f. Ágata, piedra preciosa.

Acatias, f. Hist. Nat. Especie de lepidópteros
nocturnos.

Acato, m. ant. Acatamiento, veneración.

Acaudalado, adj. Rico, el que posee un ca-
pital considerable.

Acaudalar, a. Atesorar, amontonar dinero,
acumular riquezas.

Acaudillador, ra, m. y f. Mil. Capitán,
jefe, el que dirige.

Acaule, adj. Bot. Planta desprovista de ver-
dadero tallo.

Acauno, m. Geogr. Ciudad de la Galia Trans-
alpina, hoy San Mauricio.

Acautelado, da, adj. Que tiene cautela.

Acavocha, m. Bot. Anacardo, árbol grande
de la India, con la corteza de color ceniciento
oscuro.

Acaya, f. Geogr. Región del Peloponeso, hoy
ducado de Clarencia.

Acazdir, m. ant. Alg. Nombre que daban los
alquimistas al estaño puro.

Acobba, m. Ornith. Pájaro semejante al bui-
tre, que se cria en Egipto, donde se le tiene
por ave sagrada.

Accedente, p. a. de acceder. El que accede.
Usase en los tratados ó convenios entre prin-
cipes.

Acceder, n. Adherirse á la opinión de otro,
conceder lo que alguno solicita.

Accender, a. ant. Encender.

Accenso, sa, p. p. irr. ant. de accender.

Accensor, m. forense. El que daba ó recibía
fincas á crédito.

Accesibilidad, f. Cualidad de lo accesible.

Accesible, adj. Lo que tiene acceso || Perso-
na de fácil trato.

Accesiblemente, adv. Mediante censo || de
un modo accesible.

Accesión, f. Dipl. El acto de acceder || Med.

ACCI

— 23 —

ACEB

Nuevo acceso de calentura || Lo que es acce-
sorio de lo principal || El título ó modo de ad-
quirir el dominio de una cosa ajena, y la mis-
ma cosa de tal manera adquirida.

Accésit, m. Voz latina, muy usada en los
cuerpos literarios ó artísticos, para indicar una
distinción en grado inmediato inferior al pre-
mio.

Accesorio, m. Esclavo que en Roma precedía
á su señor para anunciar su llegada.

Accesivamente, adv. Por accesión.

Accesivo, va, adj. Susceptible de accesión.

Acceso, m. La acción de llegar ó acercarse
|| Entrada, paso || Trato carnal || Astr. el mo-
vimiento con que se acerca el sol al Ecuador.

Accesoria, f. El edificio contiguo á otro más
principal y del cual depende.

Accesoriamente, adv. Por accesión.

Accesorio, a, adj. Lo que depende de otra
cosa.

Accib, m. Alg. Plomo.

Accidencia, f. Posibilidad de un accidente.

Accidentadamente, adv. De un modo ac-
cidental.

Accidentado, da, adj. El que sufre un ac-
cidente || Geogr. País accidentado, quebrado,
cortado por montañas, ríos, barrancos, etc. ||
Costa accidentada con numerosas puntas y
entradas violentas.

Accidental, adj. Lo que no es esencial || Ca-
sual, contingente.

Accidentalizar, a. Dar á una cosa un ca-
rácter accidental || Mús. Alterar la escala por
medio de sostenidos ó bemoles.

Accidentalmente, adv. Por casualidad, por
accidente, de un modo accidental.

Accidentarse, r. Ser acometido por algún
accidente que prive de sentido ó movimiento.

Accidente, m. Cualidad de alguna cosa que
no es de su esencia || Casualidad, suceso impre-
visto || Indisposición ó enfermedad repentina
que priva momentáneamente de sentido ó mo-
vimiento || Gram. Alteración que reciben los
nombres y verbos en sus terminaciones para
distinguir su género, número, tiempo, modo,
personas, etc.

Accinita, f. Miner. Sustancia mineral que
cristaliza en forma de hacha.

Accio, m. Geogr. Ciudad y cabo en Epiro; hoy
cabo Figalo || m. Poeta latino, célebre por sus
tragedias || Accio, historiador || Accio Pisau-
rense, orador famoso.

Accioca, f. Bot. Planta del Perú que sustitu-
ye al te del Paraguay.

Acción, f. El acto y efecto de hacer, de obrar.
|| Operación, acto, hecho || Mil. Combate, ba-
talla || For. Derecho que se tiene á pedir una
cosa en juicio. El modo legal de ejercitar este
derecho || Poét. El asunto principal de una
obra poética ó dramática || com. Una de las
partes en que se divide el fondo que forma el
capital de una Compañía ó Sociedad, y el tí-
tulo que acredita el valor de dicha porción.

Accionado, m. Hecho de accionar.

Accionar, n. Acompañar lo que se habla con
ademanes, gestos y movimientos del cuerpo, ó
hacerlos como si efectivamente se hablase ||
Hacer el orador ó actor todos los gestos y mo-
vimientos del cuerpo que correspondan á lo
que se habla.

Accionista, m. El que posee ó es dueño de
alguna acción de una Compañía comercial.

Accipitras, m. pl. Ave de rapiña.

Accipitrino, na, adj. Parecido á las aves de
rapiña.

Accipitriacas, f. Subfamilia de aves de ra-
piña.

Acebadamiento, m. Encebado.

Acebadar, a. Encebadar. Usase también como
recíproco.

Acebedo, m. Plantación de acebos.

Acebedul, m. Matorral, fruta de un bosque
donde solo crecen acebos y otras plantas de
poca utilidad.

Acebibe, m. ant. Uva pasa.

Acebo, m. Arbol silvestre poblado en todo
tiempo, de hojas crespas y espinosas en su cir-
conferencia, y de color verde oscuro muy lus-
troso.

Acebollado, da, adj. Madero ó pieza cuyo
corazón está separado en todo ó parte del res-
to del madero, no pudiendo dársele la aplica-
ción que tendría sin este defecto || Parecido á
la cebolla.

Acebolladura, f. Aspecto ó cualidad de lo
acebollado.

el corazón le palpitaba al reconocer los lugares donde había vivido antes de su desgracia; muchos bosques habían sufridos grandes talos; otros habían sido arrasados por completo; pero entre los sauces del arroyo vibraba aún el *quín*, *quín* de los pájaros acuáticos, y de los maticos de lentisco salía la nota lenta y monótona del cuculillo, las cuales voces recordaban al viejo Barrabás tantas y tan lejanas cosas...

Era presa de una misteriosa melancolía, pensando cuán malo se había vuelto desde aquellos tiempos lejanos, y cuánto había desesperado de la misericordia divina.

Pensaba también en el tío Pedro, y se preguntaba de una manera instintiva si no era mejor aquel delincuente que expiaba su delito con resignación y actos de bondad.

¡Ah! no, no era posible que encontrase la olla, no lo merecía, porque había pecado mucho y se había desperado con exceso. Luego se arrepentía de desperar aún y rezaba, y proseguía su camino con más bríos.

El tío Barrabás se arrodilló, y comenzó á cavar, asustado en el infinito y solitario silencio que él mismo producía; la tierra húmeda, negra y olorosa, se amontonaba sobre las rodillas del viejo que cada vez se agachaba más; por último, el pequeño azadón produjo un sonido metálico chocando con un cuerpo duro; el tío Barrabás introdujo el brazo y tocó el asa de la olla; luego prosiguió cavando con ardor frenético,

no es al mérito importante la asistencia, por lo tanto acudir á todo saben; gracias al celo de aquel, con quien el peso reparte de tanta máquina, bien como Alcides con Atlante; llegué, en efecto, á Aranjuez, donde vos me visitásteis en una posada, y viendo tan incómodo hospedaje como tienen en los bosques escuderosos y pleitantes, que me viniese con vos á Ocaña me aconsejáis; pues los días de la audiencia, dos leguas era tan fácil andarlas por la mañana, y volverlas por la tarde. Yo, por vuestro gusto, más que por mis comodidades, obedecí. Todo esto ya vuestra amistad lo sabe; pero importa haberlo dicho, para que de aquí se enlace la más extraña novela de amor, que escribí Cervantes. (Ap.) Aquí entro yo ahora.

Un día, que madrugué vigilante, por llegar antes que el sol nuestro horizonte rayase junto á un convento, que está de Ocaña poco distante, entre unos álamos verdes ví una mujer de buen aire,

MARC.
Lis.

— 12 —

D. FÉLIX, CELIA, Y SILVIA, *ocultas*.

VII

FÉL.
CEL.

¿Era hora de vernos, Celia? No te admires ni te espantes que no me atreva á venir á verte, porque si sabe mi señora que te he visto, no habrá duda que me me male. ¿Tan cruel conmigo está? Viniendo yo hacia esta parte á un recado, no he querido dejar de verte y hablarte. Y ¿qué hace tu hermoso dueño? tu ingratitud.

FÉL.

¡Plegue á Dios, si la ofendí, que El me falte! ¿Por qué á ella no se lo dices? Porque no quiere escucharme. Si tú hubieras de callar, yo me atreviera á llevarle donde la hablaras.

FÉL.

¡Ay, Celia, no habrá mármol que así calle!

y un momento después tenía la olla entre las manos. La agitó, y *clín, clín, clín*, sonaron dentro las monedas. Entonces se santiguó, y con el rostro elevado al cielo dio gracias á la misericordia divina. Parecía un viejo salvaje adorando á la luna.

valieron de su propio abecedario, que dividieron en tres clases como los hebreos.

Primera clase: unidades.

1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9.

Segunda clase: decenas.

10. 20. 30. 40. 50. 60. 70. 80. 90.

Tercera clase: centenas.

100. 200. 300. 400. 500. 600. 700. 800. 900.

Para los millares, los griegos señalaban los caracteres con una vírgula, y los números mayores los expresaban uniendo diferentes caracteres.

Estos pueblos quisieron después de algún tiempo hacer más sencillas estas expresiones ó expresarlas con más claridad; valiéronse para este efecto de sus letras iniciales, á saber: I, II, Δ, H, X, M., dándolas los siguientes valores:

I. Unidad..... 1
II. Cinco..... 5
Δ. Diez..... 10
H. Ciento..... 100
X. Mil..... 1000
M. Diez mil..... 10000

memoria del niño mártir de la iglesia primitiva. Pancracio era un joven cristiano, candoroso, acostumbrado, como á cosa corriente, á cumplir con los Mandamientos de Dios, y á observar los preceptos del santo Evangelio, y estaba contento aquel día porque había llenado su deber en circunstancias de terrible prueba. Ni el orgullo, ni la vanagloria entraban para nada en sus reflexiones, pues de otro modo su comportamiento habría dejado de ser heroico.

Cuando deponiendo sus serenos pensamientos y saliendo de su meditación levantó los ojos, en la claridad que iluminaba con nuevo y vivo esplendor el aposento, se le presentó el rostro de su estimada madre, la cual le estaba mirando con una expresión de majestad y de ternura que no recordaba haber notado en ella jamás. Era la de un sér casi inspirado, su semblante el de una aparición del cielo y sus miradas las que se figuraba podrían ser las de un ángel. Extasiado y sin advertirlo había variado de postura y se había arrodillado delante de ella, y con razón. ¿No era ella quien, como un espíritu encargado de su custodia, le había servido de escudo contra todo mal? ¿No era justo que á ella acatase como á la santa, cuyas virtudes le habían servido de modelo desde la infancia? Lucina rompió el silencio, y en tono grave y con visible emoción dijo:

—Hijo mío—dijo—hoy es llegado el día por el que tan sinceramente he clamado en mis oraciones, por el que tan de lo hondo de mi corazón he suspirado. Con



